

que se les dejase establecerse en el punto que encontrasen libre, les prestaba seguridades de no ser inquietados por nadie, y con esta confianza tomaron posesion de aquellos sitios que, aunque áridos en gran parte, les podian proporcionar por entonces, lo necesario á la vida.

Los mejicanos, acosados por un señor chichimeca, abandonan Tepeyacac. La presencia de los mejicanos no fué vista por algunos señores de pueblos con el gusto con que la habia visto el buen rey Nopaltzin, y aunque obligados á ejecutar las instrucciones del soberano, buscaban la manera de mortificarles y ofenderles. Uno de los magnates que mas desplegó su saña contra ellos fué *Tenancacaltzin*, señor chichimeca, hombre de mezquinos pensamientos y de aviesa condicion.

Los mejicanos, altamente disgustados del bastardo proceder del orgulloso magnate chichimeca, resolvieron abandonar sus dos recientes poblaciones, y se dirigieron á Chapultepec, considerándolo como un sitio de refugio.

1245 Era, y es, Chapultepec, un punto delicioso, situado sobre la orilla occidental de la laguna, á menos de una legua del punto en que mas tarde se ostentó la suntuosa ciudad de Méjico; abundante en ricos manantiales de exquisitas aguas; cubierto de árboles frondosos y colosales; con una vegetacion vigorosa y exuberante, y enriquecido con los mas preciosos dones de la naturaleza.

Los mejicanos, con la actividad que les distinguia, empezaron á levantar ligeras casas y á sembrar la tierra desde el momento que llegaron, y pronto el cerro de Chapultepec en que se habian establecido, se vió cubierto de la

vistosa planta del maíz, de las legumbres mas alimenticias y de diversas y exquisitas verduras.

Su instalacion en el delicioso lugar que nos ocupa se verificó en el año de 1245, á los tres años de haber subido al trono Tlatzin, tercer rey de los chichimecas y digno sucesor de su padre Nopaltzin (1).

Los mejicanos se ven precisados á dejar Chapultepec y se establecen en Acocolco. Pronto empezó á prosperar la colonia mejicana, y con su prosperidad creció la envidia de varios poderosos señores de los pueblos comarcanos. El bienestar de la nueva tribu despertaba en las tribus vecinas el innoble sentimiento de los celos, y la persecucion hácia los mejicanos empezó á ser incesante y dura. El señor de Xaltoncan, uno de sus mas implacables enemigos, se propuso vejarlos con la siniestra mira de obligarles á abandonar la tierra en que se habian establecido, y al fin logró ver realizado su reprehensible deseo. Los mejicanos, celosos de su dignidad, dejaron á Chapultepec despues de haber vivido en él diez y siete años trabajando sin descanso, y fueron á buscar un asilo mas seguro á unas islitas, situadas á la extremidad meridional de la laguna, radicándose en un punto que llamaron Acocolco, que significa *lugar de refugio*.

(1) Boturini y Torquemada dicen que reinaba *Quinatzin*, 4.º rey chichimeca, y D. Francisco Javier Clavijero asegura que ocupaba el trono el monarca Nopaltzin. Yo creo que los tres padecen un error y voy á tratar de demostrarlo. Los chichimecas se establecieron en 1170 y su primer rey Xolotl gobernó 40 años, esto es, hasta 1210: su hijo Nopaltzin reinó 32 años, quiere decir hasta 1242: los mejicanos, segun el mismo Clavijero, se situaron en Chapultepec en 1245; luego hacia tres años que habia muerto Nopaltzin, los mismos que hacia que ocupaba el trono su hijo Tlatzin. Respecto de Boturini y Torquemada, la equivocacion cronológica es notable, puesto que Tlatzin reinó 36 años y Quinatzin subió al trono en 1278, esto es, 33 años despues de hallarse los mejicanos en Chapultepec.

Padecimientos
de los
mejicanos en
Acocolco. Por espacio de cincuenta y dos años vivieron los mejicanos en aquellos miserables terrenos que no podían despertar la envidia de nadie; sufriendo las mayores privaciones, sin ropa con que cubrirse, alimentándose con algunos peces, insectos, fruta silvestre, yerbas y raíces palustres que se criaban en las islitas; cubriendo sus enflaquecidas y tostadas carnes con las hojas de una planta llamada *amoxtli* que crece con abundancia en aquellos sitios, y durmiendo en miserables chozas hechas de las cañas y juncos que se encontraban en la laguna.

Si no existiesen pruebas irrecusables que acreditan la verdad de los anteriores sufrimientos padecidos por los mejicanos en esas islas miserables, el hecho real pasaría por una fábula y la fortaleza de los mejicanos por un cuento inverosímil. Pero la realidad de ese triste período se encuentra plenamente acreditada por el testimonio de sus historias, así como por los acontecimientos posteriores, y nada hay que dé lugar á la mas ligera duda.

Sin embargo, los mejicanos sufrían con resignación, y aun con gusto, la miseria, el hambre y la desnudez, porque en medio de aquellas privaciones disfrutaban al menos de su independencia y libertad, no pagaban tributo á ningún señor extraño y se gobernaban por sus leyes.

Pero aun de ese único y apreciable bien de la libertad, que hasta entonces habían disfrutado, se iban á ver muy pronto despojados. Los colhuas, una de las seis tribus nahuatlacas que con ellos llegaron, como tengo ya repetido, hasta *Chicomoxtoc*, cuando juntos salieron del país de *Aztlan*, iban á ser los que de ella les privasen.

El régulo de Colhuacan, llamado Coxcox, que miraba con mala voluntad á los mejicanos, se valió de un pretexto para oprimirles. Acaso existían resentimientos antiguos entre colhuas y mejicanos, que dieron motivo á la separación de éstos en el viaje que emprendieron juntos al dejar todos su patria.

El magnate colhua, dando por motivo que no podía permitir que los mejicanos viviesen en terrenos pertenecientes á su distrito, libres de tributo como estaban, exigió de ellos que se sometiesen desde entonces á pagar el que se les impusiese. Los mejicanos, que se habían establecido allí porque los soberanos chichimecas les habían concedido el permiso de instalarse donde juzgasen conveniente, se negaron á reconocerse tributarios. Indignado entonces el régulo de Colhuacan con la contestación recibida, envió numerosas tropas contra ellos, y después de haberles vencido, les hizo sus esclavos (1).

Esclavitud
de los
mejicanos. El hecho, según otros historiadores, se llevó á cabo por el expresado régulo de Colhuacan, de una manera mas hipócrita y menos peligrosa. Afirman que el magnate colhuacano les brindó con excelentes

(1) D. Pedro Pruneda, en una obra impresa en Madrid en 1867 con el título de *Historia de la guerra de Méjico desde 1861 á 1867*, dice que los xochimilcas fueron los que intentaron hacer esclavos á los mejicanos; pero que éstos pidieron el auxilio de los colhuas, lograron derrotarlos, conservando así su libertad. El autor citado sufre un grande error: los colhuas y no los xochimilcas fueron los que redujeron á los mejicanos á la esclavitud: ni fueron éstos los que pidieron á los colhuas auxilio para combatir contra los xochimilcas, sino los colhuas los que ordenaron á los mejicanos á que se armasen para que les auxiliasen en la guerra que les habían declarado los xochimilcas, como veremos en las siguientes páginas. No hay mas que consultar las obras de los mas caracterizados historiadores, entre ellas la del sabio y erudito mejicano Clavijero, para convencerse de que el Sr. Pruneda ha sufrido un error.

tierras próximas á la ciudad que él habitaba, fingiendo interesarse por el bien y la prosperidad de ellos: que los mejicanos admitieron gustosos la oferta; y que cuando el régulo les vió fuera de las islitas, descuidados y ajenos á todo temor de traicion, hizo que las tropas colhuas se arrojasen sobre ellos, les hiciesen prisioneros, y les condujesen como esclavos á Tizapan, lugar que pertenecia al Estado de Colhuacan.

El lector podrá admitir la relacion primera ó la segunda, segun mas le agrade, por ser cuestion únicamente de forma, pues en el fondo ambas encierran una misma verdad: el hecho de haber sido reducidos á la esclavitud los mejicanos por el régulo de Colhuacan.

El acto cometido por los colhuas fué altamente arbitrario, y de esperarse era que el soberano chichimeca, de quien era tributario el magnate Coxcox, reprendiese aquel hecho á todas luces injusto. Pero nada de esto sucedió: Quinatzin, cuarto rey chichimeca, que llevaba entonces treinta y seis años de haber subido al trono, bien fuese porque temiera indisponerse con las naciones tributarias, bien porque el régulo de Colhuacan le hubiese hecho creer que habia obrado en justicia, nada llegó á decir respecto del suceso consumado.

La vida de esclavos se hacia insoportable para los mejicanos. La miseria, la pobreza, la desnudez, les parecian dichas inapreciables comparadas con la pesada esclavitud. Pero eran pocos; se hallaban supeditados por la fuerza de los numerosos ejércitos de sus opresores, y no tenian mas consuelo que el de la esperanza de recobrar algun dia la libertad.

La ocasion que podia conducirles á realizar su dorado sueño, se presentó al cabo de algunos años.

La guerra se declaró entre colhuas y xochimilcas. El régulo Coxcox fué derrotado en varios encuentros por sus enemigos, y queriendo hacer el último esfuerzo para resistirles, se vió obligado á echar mano de los mejicanos para presentarles un numeroso ejército.

Los mejicanos, llenos de regocijo, porque esperaban alcanzar por medio de su valor la gracia de que el régulo les devolviese la libertad en premio de la victoria que esperaban conseguir, se armaron de largos y fuertes palos que remataban en punta, para enterrar ésta en el suelo y poder saltar de un punto á otro en los terrenos fangosos; se hicieron de cortantes cuchillos de *iztli*, construyeron adargas ó escudos de madera y de cañas, se dispusieron para el combate, y convinieron entre sí en no detenerse en hacer prisioneros, como era costumbre, sino en cortar una oreja á cada uno que cayese en su poder, dejándole marchar con la otra, depositando la cortada en un saquito que cada cual llevaria atado á la cintura.

Con el auxilio de los mejicanos triunfan los colhuas de los xochimilcas. Pronto se avistaron los dos ejércitos, y cuando los colhuas y los xochimilcas luchaban con mayor encarnizamiento, se arrojaron los mejicanos sobre los segundos con ímpetu indescriptible, y la victoria se declaró, merced á su auxilio, en favor de los colhuas. El triunfo no pudo ser mas completo; y los xochimilcas, no solo huyeron completamente derrotados, sino que poseidos de terror pánico, abandonaron su ciudad y se refugiaron á los montes.

Concluida la batalla, los colhuas se acercaron á su ge-

neral presentando, como era costumbre entre aquellas naciones, los prisioneros que habian hecho, pues se estimaba en mas el valor del soldado por el número de prisioneros que hacia, que por el de enemigos que mataba.

Aquella costumbre no hay duda que daba por resultado la economía de mucha sangre; pero en cambio aumentaba el número de esclavos, puesto que todos los prisioneros se veian reducidos á esa penosa situacion. Si el acto hubiera reconocido un sentimiento de humanidad, nada mas digno que él de loa; pero, por desgracia, no reconocia por origen otro afecto que el de la vanidad del valor, y daba por resultado la esclavitud.

Despues de haber presentado los soldados colhuas á su general los prisioneros que habian hecho durante el combate, se llamó á los mejicanos para que diesen cuenta de los suyos.

Los mejicanos se presentaron sin ninguno; pues aunque habian cogido cuatro prisioneros, no quisieron manifestarlo, porque habian dispuesto reservarlos para cumplir un propósito que á su tiempo referiré.

El general colhua, al verles llegar sin conducir preso á ningun enemigo, les preguntó, en dónde se encontraban los prisioneros que habian cogido durante la batalla. «No hemos hecho ninguno;—contestó el que hacia cabeza,—porque no quisimos perder en atarles el tiempo precioso que podia servir para anticiparos la victoria; pero aquí teneis las orejas cortadas á los que han caido en nuestro poder, y por el número de ellas podreis saber el de prisioneros que pudimos haberos traído» (1).

(1) Pruneda, en la obra que en mi nota anterior dejo mencionada, dice que

Los colhuas quedaron admirados de aquel hecho que revelaba el ingenio, el valor y la astucia de aquellos á quienes debieron en gran parte su triunfo.

Aunque el servicio prestado por los mejicanos fué de notable importancia, no por esto les dió su libertad el régulo de Colhuacan. Cierto es que les miró desde entonces con mas distinguida consideracion; pero no obstante siguieron siendo esclavos, permaneciendo en esta condicion en Huitzilopochco, punto que les habian señalado por residencia.

Menos acosados ya por sus opresores, los mejicanos erigieron un altar á su deidad protectora *Huitzilopochtli*, y anhelando hacerle alguna ofrenda que le fuese grata por su riqueza en la dedicacion, suplicaron al régulo de Colhuacan, su señor, que se dignase enviarles algun valioso presente para el dios que adoraban.

El orgulloso potentado Coxcox, tratando de ofender y de humillar á los que miraba como esclavos, envió con sus sacerdotes colhuas un lienzo sucio y ordinario, dentro del cual iba un pájaro, muerto con la inmundicia mas repugnante. Los sacerdotes colhuas colocaron el nauseabundo envoltorio sobre el altar de *Huitzilopochtli* y se retiraron sin despegar los labios. Grande fué la indignacion que en los mejicanos produjo aquel desacato hecho á su divinidad tutelar; pero aplazando para tiempo oportuno la venganza de la ofensa, reprimieron su enojo; qui-

presentaron sacos llenos de narices y de orejas. Ningun historiador habla mas que de haber presentado orejas. Ni es verosimil que los mejicanos, que por economizar tiempo no quisieron amarrar á los prisioneros, ocupasen mucho mas cortándoles las narices, operacion dificil.

taron del altar, sin manifestarse alterados, los inmundos objetos enviados por el magnate colhua, y pusieron en su lugar un cuchillo de *iztli* y una fragante yerba.

Anunciado el día de la dedicacion, el régulo de Colhuacan se dirigió, con la nobleza, á Huitzilopochco, con objeto de presenciar la fiesta, no por honrar con su presencia el acto religioso, sino por satisfacer únicamente su curiosidad y burlarse de sus esclavos.

Los mejicanos dieron principio á la ceremonia con un vistoso baile, en el cual se presentaron con los trajes mas ricos que pudieron hacer en medio de sus escaseces y penurias. El señor de Colhuacan y la nobleza que le rodeaba se manifestaban altamente complacidos con los pasos y movimientos ejecutados por los danzantes. Los mejicanos, en los momentos de mas animacion, sacaron á los cuatro prisioneros xochimilcas que habian conservado ocultos despues de la batalla de que hicimos ya referencia; les condujeron enfrente del altar del dios *Huitzilopochtli* con la mayor ceremonia, y en seguida les mandaron que bailasen un poco delante de la divinidad.

El régulo de Colhuacan y los nobles se maravillaban de todo lo que veian, y se manifestaban contentos.

Primer sacrificio de victimas humanas en Anáhuac. De repente cesó el baile: los mejicanos se apoderaron de los cuatro prisioneros; les tendieron sobre una piedra; les rompieron con rapidez asombrosa el pecho con un agudo cuchillo de *iztli*, y sacándoles el corazón, los ofrecieron, aun calientes, palpitantes y goteando sangre, á su funesta deidad *Huitzilopochtli*.

Un grito de horror salió de los labios de todos los col-

